

## XVII.

### EL TOQUE DE ANIMAS.

Ya saben nuestros lectores que la infeliz huérfana se quejaba del desvío de D. Diego, y se quejaba con razon, porque no comprendia el motivo que su protector pudiese tener para portarse así; aquella indiferencia la causaba una gran tristeza, un amargo pesar que en vano trataba de desechar: y todo esto, unido á su desventurada suerte, y á la ignorancia en que estaba respecto de su nacimiento, contribuyó mas y mas á fomentar su amor hácia el capitan. Veíase aislada, y sin mas amiga, por decirlo así, que Luisa, cuyo afecto se le representaba á veces en su ardiente imaginacion como dudoso; figurábasele que en aquella casa recibia una limosna cotidiana que su orgullo debia desechar, y ansiaba el momento en que, vencidos los obstáculos, pudiera arrojarse en los brazos de un hombre que la quisiera por mujer, y en los brazos de un marido con quien compartir los bienes y los males que suelen asediarnos en este mundo. Ensimismada en profundas reflexiones, se decia muchas veces: la mujer que quiera aspirar al honroso título de buena casada, debe dividir con su marido la suerte que le quepa, bien sea

esta beneficosa ó adversa; en el primer caso disfrutar comedidamente de su buena posicion, y conformarse en el segundo con las privaciones que la falta de medios trae consigo. ¡Desgraciado del marido que, mortificado por los azares de la fortuna, no tiene á su lado una mujer que le consuele, que le anime y que sepa aminorar su lujo! ¡Desgraciado del que en igual caso no ve en su compañía á la mujer que, prescindiendo de toda vanidad social, no le presta ayuda en la desgracia! Porque esa mujer ni puede querer á su marido ni á sus hijos, ni menos debe quejarse si aquel se distrae, si busca fuera de su casa lo que en ella no tiene y debia encontrar, porque con su conducta le separa de su seno, le entibia su amor, y ambos vienen á ser desgraciados. Si yo me caso con Gonzalo, todo mi anhelo será hacerle feliz; estudiaré su carácter, averiguaré sus gustos y jamás me separaré de él, aun cuando por efecto de una enfermedad, ó de la fatalidad, llegara á verse pobre; si tal cosa sucediera, yo sabria desprenderme de mi vanidad, y, burlándome de las muchas amigas que criticasen mi conducta, porque ellas mismas no conocen las obligaciones de la mujer casada, sabria trabajar dia y noche, devolviendo de esta suerte á mi marido los muchos goces que hasta entonces me habia proporcionado; sabria sacrificar la mentida felicidad que ofrece la abundancia de oro, proporcionándonos un modesto bienestar; esta conducta no podia menos de agradar al ser Supremo, y este sabria premiar mis esfuerzos concediendo á mi marido nuevos medios de levantarse, nuevas ocasiones de ganar el sustento. ¡Cuál no será mi satisfaccion al verle otra vez feliz, y que comprenda que yo puedo influir en alejar de él los aterradores resultados de la adversidad! Su orgullo tal vez no le permitiera admitir el auxilio de su mujer; ¡pero esta tiene tantos medios de hacerlo sin ofenderle!

Quedáronse, pues, solos D. Diego y María, y sentándose el primero en un sillón, guardaba silencio; mientras que la huérfana le contemplaba con el corazón hinchado de dolor.

—Pareceis cansado, le dijo.

—No tal, contestó él.

Pero cualquier hombre entendido en la ciencia fisonómica, al contemplar á Mendoza en aquel momento, hubiera notado cierta contraccion muscular, que acompañada de una mirada furtiva y sombría hácia la huérfana, manifestaba harto á las claras que aquel hombre experimentaba cierta emocion interior que no se podia explicar: esto consistia en que cada vez que Mendoza escuchaba el metal de voz de María, ó que contemplaba sus facciones, se le representaba toda la figura de Margarita, y el recuerdo de su mujer, no tan solo le atormentaba y afligia, sino que le ponía fuera de sí, engendrando en su corazon terribles ideas de venganza. La voz de María era, en efecto, interesante, igual á la de su madre; pero esta similitud, que en los primeros años de la niña no era perceptible para Mendoza, quizás por ignorar su próximo parentesco con Margarita, ó porque no se hallase aun suficientemente desarrollada, es lo cierto que desde que leyó la carta de su difunta esposa, cada vez que oía ó veía á la huérfana, le perseguían atormentadoras ideas. La presencia de aquella niña establecía en el pecho de Mendoza una eterna lucha; porque unas veces al oír sus acentos se sentía como atraído por ellos, mientras que otras, recordando á la mujer que tanto habia adorado, en quien cifró toda su dicha y que tan descaradamente habia ultrajado su honra, la rechazaba impío lejos de sí; diríase que se hallaba en contacto con un reptil venenoso, ó que tenia delante de sí al mas encarnizado enemigo suyo; Mendoza, sin embargo, poseía una imaginacion nada comun y un entendimiento claro, y por lo tanto no se le ocultaba la injusticia de tales ideas: mas de una vez tuvo intencion de estrechar cariñosamente en sus brazos á la huérfana, pidiéndole perdon por el desprecio que de continuo la manifestaba; pero esta feliz inspiracion fracasaba siempre ante la idea mortificadora que le dominaba. María, por su parte, le contemplaba cariñosa, y al verle pensativo y cabizbajo, no soltaba jamás la mas mínima queja, contentándose tan solo con decir para sí: ¡siempre lo mismo, siempre ese desvío eterno que tanto emponzoña sus beneficios!

Pero llegó el momento en que pasándose Mendoza la mano

por la frente, parecía apadrinar una idea luminosa, y en realidad era así; acababa de tener otra vez el pensamiento de acercarse á la niña, porque como el tiempo borra todos nuestros pesares y hace desaparecer nuestros ódios, sonó la hora en que debía llevar á cabo tan humanitaria idea. Arrepintiése de su conducta para con María, y dijo para sí:

—Basta ya de agonías, y puesto que no se me presenta un indicio que trueque en gloria este infierno, quiero buscarle yo, quiero salirle al encuentro, y cuando ya le haya encontrado, estrecharé en mis brazos á esa inocente criatura que ninguna culpa tiene; seamos hombres de una vez para siempre, y ahuyentemos una injusticia que á mí mismo me espanta, que me aterra y hace que me desconozca: esto no quita que si un día tropiezo con algun Luna... pero, ¿qué digo? ¿Habré de desear los sanos consejos del virtuoso P. Luis? ¿Habré de faltarle á la palabra solemne que le tengo dada de dominarme cumpliendo con el precepto de perdonar á mis enemigos?... Confieso ingenuamente que, como aun no me he hallado en ese caso, ignoro cuál será mi conducta... Haré lo posible por vencer mi mala inclinacion; pero en realidad no sé qué será lo que haga. Confieso que he sido cruel para con este ángel de bondad, y lo que es en este punto seguiré las lecciones del Reverendo, porque conozco que mas que sus consejos, mi corazon me las dicta. Oigo la voz del cielo que se levanta contra mí, diciéndome estas palabras: *¡eres injusto, y estás ultrajando á la inocencia!*

Habiase pasado la mano por la frente como ya hemos dicho, y decidido á mudar de conducta desde aquel momento, fijó sus lánguidos ojos en María, procurando pintar en ellos cierto aspecto de amabilidad, que desde luego admiró agradablemente á la huérfana, al oír de los lábios de su protector estas palabras:

—María, tiempo há que me reconvengo á mí mismo por mi conducta para contigo; tiempo há que deseaba hablarte, no como protector, sino como amigo. ¿Te place el cambio?

—Si tal, contestó con tímida amabilidad María.

—Pues bien: si así es, y de ello me congratulo, te confieso,

aunque con rubor, que he sido injusto contigo, sobre todo de algun tiempo á esta parte, y quisiera que me perdonaras porque no fué culpa mia, sino que un motivo mas fuerte que mi raciocinio me impulsó á ello; en una palabra, fué el instrumento de un fatal desengaño; rasgóse el velo de la ignorancia y perdí la razon, pues de otro modo no se esplica esta pertinaz indiferencia que te he mostrado.

—No comprendo, dijo la huérfana, ni cuál pudo ser ese fatal desengaño de que hablais, ni mucho menos de que vos, tan generoso para conmigo, os halleis en el caso de implorar un perdon de quien siempre se consideró feliz siendo vuestra mas humilde sierva. Sola en el mundo, y abandonada esclusivamente á mi mala suerte, mendigando mi sustento por las calles de Madrid, vos me disteis hospitalidad bajo este techo, y tanto vos como la angelical Luisa y vuestra buena esposa, que Dios tenga en la gloria, habeis vertido sobre mí todos los dones de la caridad. Ahora bien; si por vosotros aliento, si por vos he conocido los goces de esta vida y habeis sabido trocar mi desgracia en felicidad; si cada dia hallo en Luisa mas amor, y en vos mas de lo necesario para mi sustento, ¿cómo quereis que no escuche con gratitud vuestras palabras, siendo así que la una me ha proporcionado amor, y el otro ha engendrado en mi pecho la mas noble gratitud? ¿Cómo no sorprenderme un lenguaje suplicante en boca de un bien hechor?

Las palabras de la huérfana parecian infiltrar en el pecho de Mendoza un bálsamo consolador, y cambiando de repente de idea, dijo á la niña:

—Recuerdas, tú, por ventura, si en tu niñez visteis á tu padre?

—Nunca.

—¿Y á tu madre?

—Jamás: siempre creí que Casilda lo era, hasta que un dia, cuando ya cumplí quince años... nunca se me olvidará... me contó, no el secreto de mi nacimiento, pues me asegura que lo ignora, sino los pormenores con que de recién nacida fui entregada en sus brazos. Tanto ella, como su marido Alberto, me

cuidaron cual si fuese su hija, y tambien les debo gratitud; partieron conmigo su pan, y fuera yo harto ingrata si no reconociera tan sublime y cristiano rasgo.

—Y haces bien de estarles agradecida, dijo Mendoza, haciéndola seña para que se acercara; algo mas, mucho mas debes á Casilda y á Alberto, que á los que te dieron el ser; porque aquellos te ampararon, y tus padres te abandonaron, impíos; aquellos no hicieron correr el llanto por tus mejillas, y estos te dejaron espuesta, no tan solo á las privaciones, sino al vicio y á la muerte. ¡Tal es el fruto del crimen, querida María! Mujeres hay que truecan insensatas, por una hora de placer, el amor, en llanto; y el fruto de su liviandad se convierte en lágrimas, deshonor y luto. ¿En qué pensaba tu madre cuando, impúdica pecadora, abandonó el fruto de sus entrañas en manos mercenarias? ¡La avergonzaba el objeto que podia deshonorarla á los ojos de la sociedad, y no tembló ante el placer criminal que la deshonoraba á los ojos de Dios! ¿O creia, insensata, que ahuyentando de su lado al verdadero cuerpo del delito, su crimen habia de permanecer ignorado? Si así pensó, pensó desde luego engañar á la sociedad y abusar, tal vez, de la credulidad de un marido, arrojando sobre su frente, como lo hizo Margarita conmigo, una horrible mancha que nada puede borrar.

—¡Qué oigo! dijo María; por vuestras palabras, por la exaltacion que se pinta en vuestro rostro, poco antes tan sereno y apacible, he creido traslucir, no tan solo un ataque directo á mi madre, sino que al pronunciar el nombre de Margarita... ¡diríase que habia tenido una parte muy activa en mi desgracia!...

—Nada, hija mia, repuso Mendoza algo mas tranquilo, y cogiendo de la mano con cariño á la huérfana, añadió estas palabras: no es tiempo aun de que lo sepas todo. Alza esa frente, orgullosa, pues no debes mostrarte humilde; y te repito me perdones, si insensato y ofuscado no osé arrancar hasta hoy la corona de mártir que cubre tus sienes. Veo que no comprendes mis palabras, y ojalá nunca las comprendieras. Rasgado el velo que hasta hoy ha interceptado la luz á mi entendimiento, acabo

de arrojarle lejos de mí para que jamás vuelva á ofuscarme, y desde hoy te ofrezco todo el amor que siempre has merecido y que tan cruelmente te he negado. Basta ya de amargas ideas que truecan mi vida en lágrimas; bastan ya de culpables desdenes: no mas tormentos voluntarios; desde este instante quiero que seas dichosa, porque mereces serlo, María, y lo serás.

—¿Qué mayor dicha podeis proporcionarme que el beneficioso cambio operado hoy en vos? Ni ambiciono mas, ni lo merezco, ni esperaba tanto.

—Para verificarse este cambio, que con razon llamas beneficioso, puesto que desde este momento percibo ya su bienhechora influencia, ha sido necesario que la religion robustezca mi espíritu, ha sido menester que el P. Luis se ocupara de mi conversion, alejando de esta cabeza ideas criminales; y finalmente, ha sido necesario que, siguiendo sus cristianos consejos, dirigiera yo mi perdon desde este mundo á lo mas profundo de una tumba en que yace tu madre criminal, y el consuelo que este perdon ha traído á mi alma, me hacé ver harto á las claras que solo de este modo ha podido Dios perdonar mi insensatez. De hoy mas dejo de ser tu bienhechor; la gratitud me hace mal; quiero ser el sosten de tu virtud; quiero ser tu amigo; basta ya de agradecimiento y comience de una vez el amor.

—Vuestras palabras me conmueven y me aterran.

—Quiero estrecharte en mis brazos, repuso Mendoza cogiéndola la otra mano y pronunciando con cariñosa postura las siguientes palabras: Cesen desde hoy los enojos, y tenga yo la dicha de enjugar tu llanto, ese llanto inocente y puro, casto y virginal que tan injustamente he hecho verter. Recibe en mi pecho el consuelo de un padre, de un amigo que solo respira por tu felicidad, que solo desea inundarte de consuelo; huya la afliccion de tu pecho, y aunque un recuerdo fatal acibara aun mi existencia, tú eres ajena á todo ello, y lejos de merecer mis desprecios, eres acreedora á todo mi cariño... sí... querida María; desde hoy serás hermana verdadera de mi Luisa: desde hoy serás hija mia, y no habré de dividir mi amor entre vosotras dos, porque le tengo sobrado para ambas, y te prometo

que será tan verdadero y fuerte, como injusto fué mi desvío. ¡Ya no estás sola en el mundo! ¡Quiera Dios premiar mis esfuerzos!

Y al pronunciar estas palabras soltó las manos de la huérfana y alzó los ojos al cielo, porque acercándose á María, hacia en realidad un enorme sacrificio, tan enorme que acaso nunca le hubiera llevado á cabo sin los auxilios de la religion que con insistencia le habia proporcionado el P. Luis. Mendoza habia reflexionado, y sabido es que la reflexion es una verdadera balanza moral.

María, por su parte, experimentaba toda la fuerza del agradecimiento, y en su expansion se veia pintada en su rostro la alegría que le dominaba. Ambos lloraban de ternura.

Escena conmovedora, en efecto, por los encontrados pensamientos que en ella ocupaban la imaginacion de ambos actores. Mendoza queria vencer una repugnancia que ya le imponia, y la venció merced al convencimiento religioso que se habia infiltrado en su corazon; y María, en medio de su entusiasmo por haber recobrado el cariño de aquel hombre á quien tanto amaba y respetaba, tenia desde aquel momento los resultados que pudiera ofrecer la solemne revelacion de sus amores, revelacion que tarde ó temprano debia hacerse, y que, nada temible antes del súbito cambio de Mendoza, podia serlo y mucho en este momento, en atencion á los celos que aquel pudiese experimentar tan pronto como se enterara de los proyectos del capitán.

Aun hay mas: Mendoza habia dicho á María que Margarita fué criminal, y aunque no con la suficiente claridad, la huérfana habia comprendido que tambien era hija de Margarita, y esta idea, que por un lado la llenaba de orgullo haciéndola comprender todo el amor que aquella desgraciada señora la habia inspirado, érale por otro un devorador tormento que devoraba sus entrañas. ¿Deberé averiguar mas sobre el particular? ¿Me convendrá inquirir todo lo relativo á mi nacimiento?... No... dejemos al tiempo que, en su inexorable marcha, me dé á conocer la verdad en toda su desnudez, y sobrellevemos con



resignacion sus consecuencias, cualesquiera que ellas sean.

Hallábanse, pues, en tal estado Mendoza y la huérfana, si bien algun tanto mas tranquilos, cuando de repente entraron en la estancia Luisa, Gaspar y Casilda, y corriendo la primera hácia su padre, este la recibió en sus brazos lleno de alegría. Su corazon necesitaba amar, y aquellas dos preciosas criaturas le presentaban una buena ocasion de hacerlo: hallábase mas aliviado, y se regocijaba cada vez mas de su conversion; acababa de comprender que la felicidad deja de serlo para el que la goza solo. Habíase visto perseguido hasta entonces por una enfermedad moral llamada tristeza, y sabido es que la tristeza produce la impaciencia; la impaciencia, la cólera; la cólera, el arrebato; el arrebato, la violencia; la violencia, el crimen, y que por esta insensible graduacion se pasa de la honradez á la maldad; y sacudiendo Mendoza de un solo golpe tan lúgubre porvenir, habia renacido á la vida social, á los placeres domésticos, de los que voluntariamente se habia apartado; y una vez restablecido el equilibrio de su ser, se conceptuaba ya salvado. Las enfermedades que atormentan son, en efecto, peores que las que matan.

Pero aun le tenia Dios reservadas grandes pruebas, aun aquel hombre tan convencido de lo conveniente que le era dar un nuevo sesgo á su conducta, habia de verse arrastrado por el torrente de los acontecimientos, y próximo á precipitarse en el abismo del crimen, con lo que queda probado que en este mundo no basta una buena dosis de fuerza de voluntad, no basta una firme resolucion, cuando la inexorable mano del destino desvia al hombre del buen sendero.

Luisa se dirigió hácia su padre; pero apenas le hubo abrazado, fijó sus ojos en su rostro, y despues de un momento de reflexion exclamó:

—Venia, papá, á ver si queriais que tocase esta clave, vuestra cancion favorita, ú os leyese alguna composicion; pero detengo mi lábio, porque veo que habeis llorado.

—No, por cierto, contestó; son aprensiones tuyas, y puedes leer lo que quieras.

Pero fijando Luisa en seguida su escrutadora mirada en María, añadió:

—Y tú tambien has llorado. ¿Qué significa esto?

—Te equivocas; ¿no ves que tanto tu papá como yo estamos muy contentos.

—Es que tambien se llora de placer, y ciertamente que os perdono el llanto á los dos, si tal ha sido su origen, como debo creerlo al veros tan juntitos.

—¿Fuiste tambien á la iglesia? preguntó D. Diego á su hija Luisa.

—Sí, por cierto, y recé siempre por vuestra salud y porque alejarais esa tristeza, porque dejarais de aparecer tan indiferente para con nosotros, y en particular para con cierta persona, y veo que la Virgen ha escuchado mis súplicas.

Acércase en seguida con disimulo á la huérfana, y la dice:

—¿Le viste?

A lo que ella le contestó:

—No.

Y disimulando con todo el talento de una mujer ya experimentada, se vuelve hácia su padre otra vez, y dice:

—¿Tendreis la bondad de decirnos por qué razon os vais tan á menudo de caza, abandonándonos y dejándonos en la mas triste soledad?

Sr. D. Diego de Mendoza, ¿creis, por ventura, que vuestra compañía nos es tan indiferente que podamos con tanta facilidad pasarnos sin ella? Eso no está bien, y exijo de vos una contestacion categórica, terminante y razonada.

Y dijo esto con tal gravedad, con tal aplomo, que cayó en gracia á su padre, dispuesto ya á tolerar cualquier cosa; así es que la contestó con acento dulce é interesante.

—¿Es curiosidad ó cariño?

—Como gustéis; pero sea curiosidad, si es lo que mas os choca: vamos á ver, ¿tan mal se está en esta casa que sea preciso huir de ella y de sus habitantes andando por esos trigos de Dios, no un dia, sino varios? ¿O habremos de sospechar que hastiado ya de una sociedad que le empalaga, busca mi señor

padre, lejos del hogar doméstico, las distracciones y placeres que en él no se encuentran?

—Ven aquí, dijo él, ven sobre mis rodillas, querida hija mía, que cuando me diriges esas frases de reconvenccion, fingiendo la mas grave seriedad, pones un hociquito tan mono, que me dan ganas de comerte á besos.

—Pues voy, repuso ella, porque eso no es satisfacer mi curiosidad; eso es evadir la cuestion, y sobre todo nunca se ha dicho que una caricia sea una contestacion. Vamos al grano y contestad como Dios manda.

—Fuí al monte, ¡qué quieres! La sencillez de la naturaleza es cien veces mas agradable que todas las bellezas del arte y todos los atractivos de la sociedad.

—Ya lo sé, y en realidad no comprendo ese gran placer que tienen los hombres en ir á caza; sobre todo cuando en su casa se les quiere. ¡De caza! ¡De caza! ¡Vaya una distraccion! ¡Vaya unos encantos que proporciona el monte! Andar y mas andar, cansarse, rendirse, privarse mas de cuatro veces del sustento por falta de medios de satisfacer el hambre ó la sed, destrozarse la ropa, molerse los huesos, sin contar la continúa esposicion de las armas de fuego, y casi siempre para no cazar nada, ó cuando mas (y á esto llaman divertirse) robar los hijuelos á una madre que, aunque irracional, no por eso dejará de sentir su pérdida, y tal vez con mas verdad que algunas mujeres. ¡Vaya una distraccion! Ver chaparros y mas chaparros, espinos y mas espinos, zarzas y mas zarzas, y de vez en cuando alguna que otra culebra ó algun lagarto: ¡cuando digo que es una cosa encantadora!... En casa, al menos, aunque tambien hay bichos, son de otra calaña y pueden distraeros de otra manera; pero así sois todos los hombres, siempre dejan lo cierto por lo dudoso, siempre lo bueno por lo peor, y vos preferís la rusticidad del monte al cariño de una hija, digo mal, de dos hijas, que solo están contentas cuando os tienen á su lado.

—¡Qué buena eres! dijo Mendoza estrechando en sus brazos á Luisa. ¡Qué buena! ¡Qué interesante! Y esta vez la astuta Luisa se dejó abrazar.

—Muy buena, muy interesante, contestó ella con cierto coquetismo desdeñoso; pero á pesar de todo, es tal esa maldita aficion, que seriais capaz de abandonarnos mañana otra vez por correr en pos de una liebre ó de una perdiz.

—Luisita, dijo Casilda, veo que eres demasiado pesada, y ya te tengo dicho que con los padres hay que guardar siempre cierta circunspeccion. El cariño y el respeto á nuestros padres, es el fundamento de todas las virtudes.

—No la riñas, dijo Mendoza; en este momento está encantadora, y es digna de que la asegure, bajo mi palabra de caballero, que ya se acabaron para mí las partidas de caza, ya se acabaron los montes y los sotos, las perdices y las escopetas; y la autorizo para que desde este momento esconda todos los chismes, si es que no me cree. Conozco que ya voy contando los años, y quiero dedicar los pocos que me restan al cariño de mis hijas, á los placeres de la vida doméstica, ya que de otros no me sea dado gozar.

—Ya lo creo, dijo Gaspar, que, como sabemos, estaba tan cascado ó mas que su amo; la vejez es un tirano, que prohíbe, bajo pena de la vida, todos los placeres de la juventud.

—Padre ha dicho que mañana estará con nosotros, ¡cuánto me alegro! Mañana que es la funcion de la Virgen y habrá en el pueblo baile y pasos de procesion y novillos, y qué se yo cuanto mas!

—Sí; estaré con vosotros: la tranquilidad del espíritu es la mayor de las felicidades. Supongo que vendrá á hacernos compañía el P. Luis; ese virtuoso varon que la Providencia me ha deparado para hacer pedazos el velo con que en mis ojos se cubria la verdad, para moralizar mi entendimiento, para tener, en una palabra, un buen amigo.

Y en esta ocasion vertia Mendoza una verdad palmaria, porque la amistad es el contrato tácito entre dos personas virtuosas, porque los malos no tienen amigos, sino cómplices; los relajados, tienen compañeros de vicios; los interesados tienen asociados; los políticos, cuentan con secuaces; la mayor parte de los hombres tenemos conocimiento; los reyes tienen cortesa-

nos; de modo que, en resúmen, solo el hombre virtuoso puede tener amigos.

Familias habia entonces, y aun existen hoy, que ejercian ciertas costumbres de sus mayores con fé y con virtud, y la familia de Mendoza era una de ellas, á pesar de que en el curso de su historia familiar hayamos visto todos los vicios y defectos de la sociedad en general; pero como el hombre pasa la segunda parte de su vida, arrepintiéndose de todos los errores que cometió durante su primera mitad. Aleccionado Mendoza, sin duda, por los buenos consejos del P. Luis, queria que su familia fuese un dechado de virtudes morales; y para conseguirlo no permitia que se omitiera la menor práctica religiosa. Así es que además de cumplir con todos sus mas importantes deberes, no se sentaban ni se levantaban de la mesa, sin dar gracias á Dios por haberles proporcionado el cotidiano sustento, ni dejaban de rezar el rosario todos los dias, ni se olvidaban de encender el cabo bendito en casos de tempestad, ni faltaban al sermón, ni se oia un estornudo, sin decir ¡Dios os guarde! ni se nombraba á un difunto sin añadir *¡que Dios tenga en descanso!* ni se salia de casa sin santiguarse en el portal, ni dejaban de pararse en la calle ó en paseo y descubrirse al toque de oraciones, ni dejaban de rezar por los difuntos cuando doblaban las campanas á muerto, ni se olvidaban de leer en familia un pasaje de la Biblia, ni de levantarse y rezar puestos de rodillas apenas se dejaba oir en la iglesia el toque de ánimas. Este ejercicio que ningun esfuerzo le costaba, á pesar de su monotónica repeticion, y que casi en su totalidad han abolido las modernas costumbres, se hallaba profundamente arraigado en el corazon de los españoles en la época en que pasa la accion de nuestra historia.

—¿Leemos? dijo Gaspar cogiendo sobre la mesa un ejemplar de la Biblia y calándose los anteojos.

—Aun es temprano, contestó Luisa, conservando el mismo tono de gravedad que habia adoptado desde que halló á su padre con María, tono que, como ya hemos visto, en vez de desagradar á Mendoza, le habia caido en gracia. Tengo que hablar con mi papá en secreto.

— ¡Habrás visto arrapiezo semejante! — exclamó Casilda como admirada de que aquella chiquilla interrumpiese la buena marcha de las costumbres introducidas en la casa. ¡Buenos serán los secretos que tenga que comunicar la chiquilla!

Pero al decir esto, sonó un agudo ¡ay! soltado por María; era que esta, al tomar el bordado del cesto para trabajar como lo tenia de costumbre mientras oia la lectura de aquel libro, tropezó involuntariamente con la carta que desde la reja habia introducido el capitan, y no pudo contener un grito de sorpresa; pero Luisa, mas lista que una ardilla y comprendiendo la turbacion y el compromiso de su hermana, corrió veloz al sitio del suceso, y plantando su menudo pié sobre la epístola, evitó que los demás circunstantes se apercibiesen de ello: así es que cuando Mendoza preguntaba con el mayor interés ¿qué ocurre? Luisa se apresuró á contestar:

— No es nada: ha sido que María al coger su labor se ha pinchado con una aguja, y María que, aunque de mas edad, no tenia la astúcia de Luisa, comprendió, sin embargo, todo el favor que esta acababa de dispensarla, y desempeñó perfectamente el papel de víctima, apretando la punta de su dedo y haciendo como que chupaba la sangre. Luisa levantó el pié con que sujetaba la carta, y comprendiendo la huérfana lo que le tocaba hacer, se inclinó con disimulo y cogió el papel; mientras lo escondia en su pecho, Luisa le habló al oido estas palabras: ¿Cartitas tenemos, eh? ¡Hola, hola! parece que el capitan no pierde el tiempo.

Y volviéndose con la mayor naturalidad á su padre, añadió:

— Volvamos á nuestra conversacion.

— Cuando quieras, hija mia, contestó Mendoza.

Y sentándose esta vez Luisa sobre las rodillas de su padre, que la contemplaba lleno de satisfaccion:

— ¿Sabes, le dijo, lo que ha predicado el señor cura? —

— ¿Cómo quieres que lo sepa si no asistí al sermón?

— Es verdad: pues dijo poco mas ó menos lo que vais á oir: Cuando llame á vuestra puerta un pobre nunca le deis limosna con ceño ni desagrado, porque la caridad manda socorrer y

consolar al desgraciado, y cuando esta se practica mal, en vez de caridad, es ostentacion.

—Y dijo bien el señor cura,

—Dijo bien, en efecto; pero veo que no me habeis comprendido.

—No alcanzo.

Al inaugurarse este diálogo, todos estaban atentos y con marcada curiosidad, porque ninguno de los asistentes, incluso D. Diego de Mendoza, podian comprender el sentido de las palabras de Luisa, pronunciadas con una intencion especial, pero oculta.

—¿Con qué no alcanzais? dijo Luisa á su padre. Lo aclararé un poco mas, y veremos vuestra perspicacia á donde llega. Prestadme toda vuestra atencion. ¿No recordais que en una de vuestras frecuentes escursiones me tragisteis un palomo, que herido tan solo en un ala escapó al plomo mortífero? Pues bien, era tan mono, tan cariñoso, que desde luego le cobré aficion, y en vez de darle tan solo algarroba y agua, y esperar á que se curara, solo le dí abrigo en mi pecho, le acaricié mucho, unté su herida con aceite, redoblé mis halagos, no le dejé en unos dias, y á fuerza de calor y de cuidados, ayer le ví andar ya solo, tan alegre, tan contento; le cogí en mis manos, examiné la herida y ví con el mayor placer que estaba ya cicatrizada. ¿Qué os parece mi ocurrencia?

—Que hicistes muy bien.

—Y ¿sabeis lo que con eso logré?

—No.

—Pues logré que el infeliz palomo me conociese de tal modo que apenas me divisa abre sus alas y su pico; con saltos y con vuelos se me pone sobre el hombro, y con sus repetidos picotazos parece dirigirme estas palabras: *¡Muchas gracias, Luisa, sin tí, tal vez, me hubiera muerto; tú me has curado!*

Quedóse algo pensativo D. Diego, y viendo su hija que aun no comprendia lo que le queria decir, empuja con su mano el rostro de su padre, obligándole á volverle hácia donde estaba María con la cabeza inclinada sobre el bastidor, no porque su

bordado exigiese en aquel momento tanta atencion, sino porque la ocurrencia de Luisa, que ella comprendia muy bien, la tenia absorta y meditabunda. Luego que hubo conseguido volver la cabeza de su padre á donde ella queria, señaló á la huérfana con la mano, y preguntó á su padre:

—No veis á María?

—Sí.

—Pues bien; ella es el palomo herido, y vos quien le habeis curado.

D. Diego se levanta con presteza, se dirige á Gaspar que aun tenia el libro en sus manos, se lo quita y esclama:

—La leccion que esta niña acaba de darme ha sido para mí eficaz y saludable, y á no haber ya confesado á María que estoy completamente regenerado, de seguro que la tal chiquilla me hubiera inclinado á ello con mas decision, quizás que todos los discursos del P. Luis, á pesar de lo mucho que han contribuido á ello.

Aproxímase Luisa á su padre, y quitándole á su vez el libro, le abre, se sienta y dice: *leamos*. Estábamos en el capítulo XXIV del Levítico, que dice así:

—«La justicia eterna caerá sobre los malvados, y las iras del Dios de los justos, desplomarán la ciudad maldita...

»Y serán consumidos por los pecados de sus padres y los suyos.

»Hasta que paguen sus maldades y las de sus mayores.»

Esto último es del libro Jeremías.

Alzóse velozmente en pié D. Diego, y exclamó, poniendo la mano sobre el libro como para cerrarle:

—¡No, Luisa, no! Eso no puede ser.

Pero esta, sin levantar los ojos del libro, y sin escuchar las últimas palabras de aquel, prosiguió leyendo del modo siguiente:

«Los pecados de los padres caerán sobre sus hijos hasta la cuarta generacion.

»Y los réprobos serán castigados por los pecados de sus padres y los suyos.»



— ¡Sí! Dios lo dice, exclamó D. Diego, creciendo por momentos su turbación.

— Sigue leyendo, Luisa; veamos otro párrafo, que no al Dios justo, sino al Dios misericordioso imploro.

Abre Luisa la Biblia por otro lado, y lee:

«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber, y Dios te recompensará. (Esto es de los Proverbios.)»

«Cuando os pusiereis á orar, si teneis algun ódio contra alguno, perdonadle, para que vuestro padre, que está en los cielos, os perdone también á vosotros vuestros pecados. (Esto es de San Marcos.)»

«Habeis oido que se dijo: «amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo;» pero yo os digo: «amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.» (Esto es de San Mateo.)»

D. Diego á cada párrafo movia la cabeza en señal de aprobacion y como apoyándolos.

«Porque si vuestra alma está llena de rencores, por esas oraciones que hicieréis, no os salvaré.»

«Si vuestro corazon está lleno de ódio, por mas beneficios que hicieréis no os amaré.»

«Si vuestras manos están llenas de sangre, por mas oraciones que hicieréis, no os escucharé.»

— ¡Magnífico! exclamó Mendoza. El Dios que perdona es el Dios de los cristianos!

Esta escena, que no podia ser edificante, aumentó en interés, por la circunstancia de oirse en aquel mismo momento el toque de ánimas, á cuyas campanadas todos se pusieron de pié, y Mendoza, con el recuerdo de las máximas que acababa de oír, despues de haber rezado un momento, como de costumbre, llamó á María, y estrechándola en sus brazos delante de todos, la dijo:

— Desde hoy, María, exijo que me llames padre; reza por la que te dió el ser, cuyos restos mortales descansan en uno de los cementerios de Madrid, y ruega á Dios que la conceda el per-

don de sus culpas; el mío le tiene desde este momento, y quiera el cielo otorgársele, tan cumplido como desde hoy se lo otorgo. Y tú también, Luisa querida, une tus oraciones con las de María; ruega también por tu madre; así tus ruegos, y los de esta infeliz huérfana, recaerán sobre la misma persona; así vuestra madre podrá contar con las plegarias de sus dos hijas. Arrodillaos aquí cada una á un lado mío, y sed testigos de la bendición que en estos momentos solemnes dirijo á los padres de María. Si sus acciones fueran causa de que ella derramase acérbolo llanto, nunca mejor ocasión que esta de bendecirlos, porque el perdón concedido por medio de la oración, es el perdón que agrada á Dios. Rezad con fervor, rezad largo rato, que nunca son cortas las oraciones en cambio de lo que se solicita, y sabido es que las oraciones de los vivos, abren á los muertos las puertas del cielo.

Permanecieron así un buen espacio de tiempo, hasta que terminada la oración, dijo María, dirigiéndose á Mendoza:

—Acabo de oír de vuestros lábios que soy hija de vuestra esposa Margarita, lo cual ha aligerado mi pecho de una buena parte del peso que le abrumaba. Acaso no lo creais; pero mi corazón se inclinaba hácia mi madre sin saber por qué, y lo más raro de todo esto es que habiendo siempre tenido á Casilda por mi madre, y tributádola un amor nada dudoso apenas vine á vuestra casa y conocí á mi verdadera madre, sentí un alivio inesplicable en mi pecho, y una especie de fluido magnético é incomprensible me llamaba hácia ella. Diríase que la voz de la naturaleza hablaba á mi alma; diríase que esa misma influencia me encadenaba cerca de Margarita. También os he oído bendecir al autor de mis días, y doy gracias al Omnipotente por haber alejado de vuestros lábios las palabras de horror y de venganza que por dos veces escuché llena de pavor. Creedlo: por criminal que sea una madre; por indiferente que sea un padre, nunca un hijo tiene motivos bastantes para maldecirlos; y ciertas palabras duras é incisivas, inclinadas á herir la memoria de los que nos dieron el sér, nunca pueden ser oídas con indiferencia. Por eso bendigo al amigo bienhechor, cuyos buenos consejos

penetraron en vuestro corazón, bendigo á mi querida hermana que tan oportunamente supo echar mano del incidente del palomo y de la santa lectura, y bendigo, como he dicho, al Omnipotente que, apiadado, sin duda, de mi suerte, permitió ese benéfico conjunto de circunstancias. Pues bien; si tan al corriente estais de los pormenores de mi nacimiento, si tan propicio, ó mejor dicho, tan decididos os hallais al perdón, ¿podré esperar que un día me instruyais en todos esos secretos? ¿Llegará el momento en que tenga la dicha de saber quien fué mi padre, y por qué razón, siendo hija de personas pudientes, fuí abandonada tan inhumanamente?

—Un día llegará, tal vez, en que todo lo sepas; por hoy puedo tan solo decirte que tu padre murió cuando apenas tenias dos años, y que murió trágicamente mientras tu madre vestía el hábito carmelita, por lo cual, sin duda, no se repitió la primera entrega de dinero que se hizo á Casilda.

—¡Gracias, Dios mio! ¡Gracias os doy, dijo María con los ojos arrasados en llanto, por haberme concedido tan singular favor! Habitaba en mi pecho un gusano roedor que á cada paso me amenazaba con la negra imagen del crimen de mis padres; pero hoy que de vuestros labios, nunca mentirosos, oigo la imposibilidad en que se vieron de socorrerme, no tan solo los perdono y doy por bien empleadas las muchas privaciones que he sufrido hasta llegar á esta casa, sino que los compadezco, y rogaré á todas las horas del día por su eterno descanso y su salvación.

—Y yo también, dijo Casilda, me alegro mucho de haber oido eso, aunque en el fondo de mi alma nunca los hice responsables sino del primer pecado; jamás sospeché que fuesen tan despiadados que abandonasen una infeliz criatura al negro porvenir que mi casa la ofrecía.

—Un día sabrás la historia de tus padres, íntimamente enlazada con otras varias personas, y cuyo conjunto, si bien es el conjunto de la sociedad, tal como hoy está, ofrece situaciones dramáticas de señalado interés. El P. Luis que ves aquí todos los días, es el que me ha enterado de todos esos pormenores;

él conoció á tu padre mucho antes de que este conociera á tu madre ; fué militar tambien y presenció la catástrofe del seductor tu madre. Si él quiere puede ponerte al corriente de todo : pues yo , aunque con la mayor sinceridad , les he echado mi bendición , no me siento aun con la suficiente entereza para oír tranquilo el relato de esos sucesos ; por eso te ruego , querida María , que para mantener puro mi amor , no me hables nunca de ese asunto , mucho mas habiendo una persona que puede muy bien satisfacer tu disculpable curiosidad.

—Así lo haré , padre mio , y os prometo que jamás oireis de mis lábios ni una frase tan solo que pueda disgustaros.

—Así me place , dijo Mendoza ; disponed lo necesario para la fiesta de mañana ; quiero que disfruteis de todo , que asistais al baile , á la procesion , á los novillos , á todas partes ; y tú , Luisita , no dejes de ponerte alguna flor en el pelo , pues sabes que me gusta mucho y te cae á las mil maravillas.

—Permitidme , dijo María , que antes de vestir galas , antes de disponerme al placer y al bullicio de las fiestas , baje al jardin , y tegiendo una corona de siemprevivas , la deposite en la tumba de mi madre : este es el primer saludo que la dirijo , y aunque lúgubre y triste , desde lo mas recóndito de su sepulcro , sabré acogerle con bondad. ¡ Sí , madre adorada ! Tu hija va á dirigirte la palabra por la vez primera. ¡ Quiera Dios que este saludo puro y virginal sirva para concederte un puesto en el cielo ! ¡ Nunca permitirá Dios que tu culpa , harto purgada en la tierra , recaiga sobre mi inocente fruto , de lo que el mundo apellida deshonra !

Luisa manifestó deseos de acompañarla en tan tierna escena , y ambas se pusieron en marcha hácia al campo-santo seguidas de Casilda y de Gaspar. D. Diego de Mendoza no podia contener sus lágrimas al ver aquel espontáneo arranque , y cada vez mas se regocijaba de haber seguido los consejos de la religion.

Solo el nombre de *cementerio* es una de por sí , una palabra grave que encadena nuestra mente inclinándonos á la meditacion : bien sea que nos hallemos halagados por la fortuna , bien que nos veamos sumergidos en el dolor al atravesar su recinto

en su silencio y sus tumbas solitarias, hallamos cierto consuelo á nuestras penas, diríase que todas ellas desaparecen al pisar aquellos umbrales, diríase que hallamos cierta desconfianza en los placeres de una vida mucho mas ligera que la existencia de una flor.

En la mansion de los finados, en el campo de la muerte, que los vivos hermocean quizás para temerla menos, confúndense todos los hombres, se les perdonan sus defectos, y hasta se olvida su nécia vanidad... y sobre el polvo deleznable luce un dorado epitafio que recomienda su virtud. Las lágrimas de una esposa, las esperanzas malogradas en el jóven lleno de esperanzas, los ayes de la vejez y los suspiros del amor, alzan su lúgubre coro, y una dulce melancolía penetra al través de la eternidad.

El nombre de cementerio que nos dejaron los latinos, significa dormitorio ó paraje en que se descansa; sublime etimología que envuelve la grande idea de la inmortalidad del alma. Esparcidos en lo antiguo los sepulcros por los caminos, indicaban al viajero que se separase ó que anduviese *sta, viator: abi. viator*: contradicción que deploraba la importancia de las víctimas. En tiempo de Gregorio el Grande estas victorias de la muerte se hacinaron en los templos en perjuicio de la higiene y con peligro de los ciudadanos, hasta que en el siglo ilustrado de Cárlos III comenzaron á construirse en los campos, verdadero sitio de la quietud, y donde la naturaleza se viste con pomposo adorno, merced á nuestros miserables despojos. Si saliendo de Robledo dirigimos nuestros pasos hácia la parte oriental del pueblo, hallaremos al pié de una elevacion que le resguarde unas cuantas cruces de piedra que nos indican la morada de los muertos: si entramos en su interior, nos agradaará su silencio y su limpieza y el murmurio de una fuente, único eco que responde á la cancion del traginante y á los rugidos del viento, y si en medio de tanta urna sepulcral recogemos nuestro espíritu para distinguir sus epitafios, la ocupacion hacia una víctima y el horror hácia un tirano nos alejarán de aquel sitio. Y sin embargo, allí reposaban las cenizas de Margarita: bajo una mo-